

LA PIEL EN LAS LETRAS

El leproso

The leper

Sergio Gabriel Carbia¹ y Roberto GLorio²

¹ Director de la Carrera de Especialistas en Dermatología (UBA)

² Profesor regular adjunto en Dermatología
Servicio de Dermatología, Hospital General de Agudos
JM Penna, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Contacto del autor: Sergio Gabriel Carbia

E-mail: sergiocarbia67@gmail.com

Fecha de trabajo recibido: 23/4/2025

Fecha de trabajo aceptado: 30/6/2025

Conflicto de interés: los autores declaran que no existe conflicto de interés.

Dermatol. Argent. 2026; 32(2): 181-182

Fue un personaje; viajes a la capital, miga con ricos y con ministros. ¡Oh, nada de política! Estaba con todos los partidos, a medida que ocupaban el poder. El jefe y el juez eran suyos. A propósito: se me olvidaba decir que don Onofre padecía de lepra.

La lepra. Lepra. Don Onofre masticaba este nombre pavoroso. Lo veríais en el lento temblor de sus mandíbulas salientes. Veríais en sus iris felinos, turbios, empañados de pronto por un humo fugaz, el horror de las úlceras descubiertas a solas, atrancadas las puertas. Su ropa, cosida hasta la nuez, era un saco de inmundicia cerrado y sellado como el cofre de un avariento. Y la bestia subía, se enroscaba en la nuca. Don Onofre anhelaba algo parecido a decapitarse. Al cabo, la lepra sacó la garra por el cuello y apresó el rostro.

¡Ser leproso, escandalosamente leproso un hombre tan rico, que podía ser tan feliz! Esta injusticia acongojaba a don Onofre. Sus vecinos opinaban como él. Prez del departamento, le veneraron; mejor todavía, le compadecieron maravillados. Aquella frente manchada inspiró a los esquilmados campesinos el respeto por las cumbres donde se muestra a los viajeros la Peña Partida por el rayo. Admiraron a don Onofre doblemente; se le aproximaban con reparo religioso, que él tomó por asco. Lucharía; no moriría así, no, maldito por el destino.

Y en persecución del milagro bajó los ríos, cruzó los mares. ¡Qué tortura, ante la repugnancia, el odio, el pánico, gesticulantes en torno a su lepra! Sus compañeros de camarote huían despavoridos; sus comensales le relegaban a un extremo desierto de la mesa, o se iban curiosos. Olía de continuo el ejército de sustancias desinfectantes con que se abroquelaban los dichosos.

Los médicos se lo enviaron entre ellos como una pelota podrida. Los más célebres eran los más caros; don Onofre no apreció otra diferencia. Le ordenaron cambiar,



cambiar siempre de clima, de costumbres, de régimen. A fuerza de cambiar, repetía. Emigraba al Sur, y le hacían retroceder al Norte. Le prohibían comer carne o fécula, y se la imponían de nuevo. Le impusieron pociones, tinturas, píldoras, cocimientos. Le remojaron, le bañaron, le fumigaron, le untaron de pomada, glicerados, aguas corrosivas, mantecas, aceites. Le lavaban y le volvían a untar. Uno le aplicó estiércol. Otro le recetó una preparación de oro. ¡Oro! ¡Eso era lo principal!

Don Onofre regresó a su feudo, con menos dinero y con más lepra. Regresó enloquecido. Él era la lepra, y el mundo un espasmo de aversión, una inmensa náusea.

Y entonces, en las honduras de sus entrañas enfermas, la vieja tentación se alzó. Don Onofre “sabía”. ¿Quién no sabe que la lepra, el castigo del cielo, se sana con la sangre inocente de un niño? Y don Onofre, tranquilizado, consolado, se puso a meditar.

RAFAEL BARRETT (ESPAÑA, 1876-1910)

Nacido en Torrelavega, España, bajo el nombre completo de Rafael Ángel Jorge Julián Barret y Álvarez de Toledo, está considerado uno de los mayores escritores paraguayos, a pesar de haber pasado escasos años de su corta vida en ese país. Su obra, compuesta principalmente por cuentos y ensayos, contiene un alto contenido filosófico y político al narrar las injusticias sociales a las que eran sometidas las clases más bajas de la sociedad de aquel tiempo. Durante su juventud tuvo varios altercados, y tras la pelea con el Duque de Orión, debió exiliarse de España, previo paso por Uruguay y la Argentina, al Paraguay donde desarrolló la mayor parte de su actividad literaria. Allí, bajo la corriente del anarquismo, tuvo varios problemas políticos, hasta que, enfermo de tuberculosis, viajó a Francia en búsqueda de un nuevo tratamiento donde falleció.

Su obra literaria, poco conocida debido a que publicó en vida en diferentes periódicos sudamericanos, ejerció tras su muerte una enorme influencia en la escritura rioplatense. Entre ellas se destacan las editadas

por Orsini Bertani entre 1910 y 1912: *El dolor paraguayo*, *Cuentos breves*, *Mirando vivir*, *Al margen*, *Estudios literarios* e *Ideas y críticas*.

El leproso narra las vicisitudes de un rico hacendado al contraer lepra. La ineficacia del poder económico, político y médico ante la enfermedad y la percepción de apestado ante la sociedad son los ejes centrales de un cuento incluido en el libro *El dolor paraguayo*, considerado actualmente como una joya literaria del Paraguay.

Admirado por un joven Jorge Luis Borges, algunas de sus expresiones continúan aún vigentes como: “La humanidad es hoy un caos, sí, pero un caos fecundo” y “Me basta el sentido etimológico ausencia de gobierno. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo. Será la obra del libre examen. Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en caos. ¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!”.

BIBLIOGRAFÍA

- Barrett R. El leproso. En: Barrett R. El dolor paraguayo. 2° ed. Caracas: Biblioteca Ayacucho; 1987:182-184.

EDUCACIÓN MÉDICA CONTINUA

Psoriasis pustulosa generalizada

Respuestas correctas Vol. XXXII, N° 2, 2026: 1. B / 2. C / 3. B / 4. B / 5. B / 6. A / 7. C / 8. B / 9. B / 10. A